

EL AMOR

El amor impregna el universo

La vida y el amor son mutuamente inseparables. Donde hay vida hay amor. Hasta la consciencia más rudimentaria está siempre tratando de emerger de sus limitaciones y experimentar alguna clase de unidad con otras formas. Aunque cada forma esté separada de las demás, en realidad todas ellas son formas de la misma unidad de vida. El sentido latente de esta oculta realidad interior se hace sentir incluso en el mundo ilusorio mediante la atracción que una forma ejerce sobre la otra.

El amor en la naturaleza inanimada

La ley de gravedad, a la que todos los planetas y astros están sujetos, es a su modo un débil reflejo del amor que impregna todo el universo. Hasta las fuerzas que se rechazan son, en verdad, expresiones del amor, puesto que las cosas se repelen mutuamente porque son atraídas más potentemente hacia algunas otras cosas. La repulsión es una consecuencia negativa de la atracción positiva. Las fuerzas de la cohesión y la afinidad, que prevalecen en la constitución misma de la materia, son expresiones positivas del amor. En este nivel, un notable ejemplo de amor lo encontramos en la atracción que un imán ejerce sobre el hierro. Todas estas formas de amor son de la clase más baja, puesto que necesariamente son condicionadas por la consciencia rudimentaria en la cual aparecen.

El amor en el mundo animal

El amor en el mundo animal es más explícito en forma de impulsos conscientes dirigidos hacia diferentes objetos del entorno. Este amor es instintivo, y toma la forma de satisfacción de diferentes deseos apropiándose de objetos adecuados. Cuando un tigre procura devorar un ciervo, está enamorado de éste en un sentido muy real. La atracción sexual es, en este nivel, otra forma de amor. Todas las expresiones del amor tienen una cosa en común en esta etapa, a saber, todas procuran satisfacer algún impulso o deseo corporal mediante el objeto del amor.

El amor humano tiene que ajustarse a la razón

El amor humano es mucho más elevado que todas estas inferiores formas de amor porque los seres humanos han desarrollado plenamente la consciencia. Aunque el amor humano mantiene una continuidad con las formas

subhumanas inferiores de amor, se diferencia de ellas en un sentido. De ahora en más, el amor se manifestará junto a un nuevo factor: la razón. A veces el amor humano se manifiesta como una fuerza separada de la razón y corre paralelamente con ésta. A veces se manifiesta como una fuerza que se mixtura con la razón y entra en conflicto con ésta. Finalmente, se expresa como parte constitutiva del todo armónico en la que el amor y la razón se han equilibrado y fundido en una unidad integral.

Tres combinaciones de amor y razón

De manera que el amor humano admite tres tipos de combinación con la razón. En el primer tipo, la esfera del pensamiento y la esfera del amor se mantienen separadas dentro de lo posible, o sea, la esfera del amor está prácticamente fuera del alcance del accionar de la razón, y al amor se le permite muy poco o nada el acceso a la esfera del pensamiento. Por supuesto, nunca es posible una completa separación entre estos dos aspectos del espíritu. Pero cuando el amor y la razón funcionan alternadamente (con un predominio pendular), tenemos un amor no esclarecido por la razón, y una razón no vivificada por el amor.

En el segundo tipo, el amor y la razón funcionan de manera simultánea, pero no trabajan en mutua armonía. Aunque este conflicto crea confusión, se trata de una fase necesaria en la evolución de un estado superior en el que el amor y la razón se sintetizan realmente. En el tercer tipo de amor, esta síntesis entre el amor y la razón es un hecho consumado, y el resultado de esto es que el amor y la razón se transforman tan completamente que precipitan el surgimiento de un nuevo plano de consciencia que, comparado con la consciencia humana normal, podemos describirla mejor como *superconsciencia*.

Las variadas cualidades del amor

El amor humano hace su aparición en la matriz del ego-consciencia, el cual tiene incontables deseos. Estos factores tiñen de diversos modos al amor. Así como en un calidoscopio conseguimos variados y cambiantes dibujos combinando de diversas maneras elementos simples, de igual manera encontramos cualidades casi ilimitadamente variadas en los alcances del amor, debido a una novedosa combinación de factores. Y así como las diferentes flores tienen colores de infinitos matices, de igual modo existen diversas y delicadas diferencias en el amor humano.

Las formas inferiores del amor

El amor humano está rodeado de una cantidad de factores obstructivos, como por ejemplo, la pasión, la lujuria, la codicia, la ira, la envidia y los celos. En un sentido, incluso estos factores obstructivos son formas de amor inferior o inevitables efectos laterales de estas formas inferiores de amor. La pasión, la

lujuria y la codicia podrían considerarse como formas pervertidas e inferiores del amor. Cuando una persona se apasiona, se enamora de un objeto sensual; cuando domina la lujuria, desarrolla un vehemente deseo de sensaciones relacionadas con ese objeto; y cuando codicia desea poseerlo. De estas tres formas de amor inferior, la codicia tiende a proyectarse desde el objeto original hacia los medios para obtenerlo. Así es como la persona codicia dinero, poder o fama, los cuales pueden ser instrumentos para poseer los distintos objetos deseados. La ira, la envidia y los celos nacen cuando estas formas inferiores del amor se ven obstaculizadas o frustradas.

Las formas de amor inferiores son enemigas de las superiores

Estas formas inferiores del amor impiden la libre expansión del amor puro. La corriente del amor nunca puede llegar a ser cristalina y constante hasta que se la libre de estas formas inferiores de amor que limitan y pervierten. Las formas inferiores son enemigas de las superiores. Si el ritmo de las formas inferiores del amor atrapa a la consciencia, ésta no podrá emanciparse de los hábitos que ella misma creó, resultándole difícil salir de ellos y avanzar más. Así es como las formas inferiores del amor siguen interfiriendo en el desarrollo de la forma superior; por lo que es preciso renunciar a ellas a fin de permitir la ilimitada aparición de la forma superior del amor.

El amor y la pasión

Ejercitando constantemente el discernimiento ayudamos a que el amor superior surja del caparazón del amor inferior. Por lo tanto, hay que diferenciar cuidadosamente al amor de los obstructivos factores de la pasión, la lujuria, la codicia y la ira. Cuando la persona se apasiona, es una víctima pasiva del hechizo que ella misma concibió al sentirse atraída por el objeto. Cuando la persona ama, aprecia activamente el valor intrínseco del objeto amado.

El amor y la lujuria

El amor también difiere de la lujuria. Aquél que siente lujuria es dependiente del objeto sensual y, por consiguiente, se subordina espiritualmente a él, mientras que quien ama se relaciona directa y coordinadamente con la realidad existente detrás de la forma. Por lo tanto, a la lujuria se la siente pesada, y al amor, liviano. La vida se reduce en la lujuria, y el ser se expande en el amor. Haber amado a alguien es como si añadieras otra vida a la tuya propia. Por así decirlo, tu vida se multiplica y vives virtualmente en dos centros. Si amas al mundo entero, vives por extensión en todo el mundo, pero en la lujuria la vida decae y hay una sensación general de depender sin remedio de una forma, a la que consideramos ajena. Así, en la lujuria se acentúa la separación y el sufrimiento, mientras que en el amor existe

la sensación de unidad y alegría. La lujuria es disipación, y el amor, recreación. La lujuria es un deseo vehemente de los sentidos, y el amor, la expresión del espíritu. La lujuria procura la satisfacción, pero el amor la experimenta. En la lujuria hay excitación, y en el amor, tranquilidad.

El amor y la codicia

El amor también difiere de la codicia. La codicia es posesividad en todas sus formas físicas y sutiles. Procura apropiarse de las personas y de los objetos físicos, y también de cosas abstractas e intangibles, como por ejemplo, la fama y el poder. En el amor, no pensamos en anexar al otro a nuestra vida personal, y hay una efusión libre y creativa que aviva y restaura el ser de la persona amada, independientemente de cualquier expectativa personal. Paradójicamente, la codicia, que procura apropiarse de otro objeto, en realidad conduce hacia el resultado contrario: pone a la persona bajo la tutela del objeto, mientras que el amor, que apunta a que uno se entregue al objeto, en realidad hace que el amado se incorpore espiritualmente en el ser mismo de quien lo ama. En la codicia, uno trata de poseer al objeto, pero es el objeto el que nos posee. En el amor, uno se brinda sin reservas al amado, pero en ese hecho mismo descubre que ha incluido al amado en su propio ser.

El amor puro despierta por medio de la gracia

La pasión, la lujuria y la codicia constituyen una enfermedad espiritual, la cual suele volverse más virulenta al agravarse los síntomas de la ira, la envidia y los celos. El amor puro, en agudo contraste, es el florecimiento de la perfección espiritual. Estas limitadoras condiciones atan tanto al amor humano que es imposible que el amor puro aparezca espontáneamente desde el interior. De modo que, cuando este amor puro surge en el aspirante, se trata siempre de un don. El amor puro surge en el corazón del aspirante en respuesta a la gracia que desciende de un Maestro. Cuando se recibe por primera vez el amor puro como un don del Maestro, se aloja en la consciencia del aspirante como una semilla en suelo propicio y, con el paso del tiempo, la semilla crece hasta convertirse en planta, y luego, en árbol crecido.

La preparación espiritual para la gracia

Sin embargo el descenso de la gracia del Maestro está condicionado por la preparación espiritual preliminar del aspirante. Esta preparación espiritual para la gracia nunca es completa hasta que el aspirante ha incorporado algunos atributos divinos en su naturaleza psíquica. Por ejemplo, la persona está lista para recibir la gracia del Maestro cuando evita la habladuría y piensa más en lo bueno que en lo malo de los demás, y puede poner en práctica la suprema tolerancia y desea el bien para los demás, incluso a costa de sí misma. Uno de los grandes impedimentos de esta preparación espiritual por parte del

aspirante es la *preocupación*. Cuando supera con supremo esfuerzo este obstáculo de la preocupación, su camino se allana para que cultive los atributos divinos que constituyen la preparación espiritual del discípulo. La gracia del Maestro desciende tan pronto el discípulo está preparado, pues el Maestro, que es el océano del amor divino, está siempre en busca del alma en la que su gracia fructificará.

El amor puro es muy poco común

La clase de amor despertado por la gracia del Maestro es un raro privilegio. La madre dispuesta a sacrificarlo todo y morir por su hijo, y el mártir que está listo para renunciar a la propia vida por su país, por cierto son de una nobleza suprema, pero ellos no han probado necesariamente este amor puro que nace por la gracia del Maestro. Ni siquiera tienen necesariamente este precioso amor los grandes yoguis de largas barbas que meditan en cuevas y montañas, y están enteramente absortos en profundo *samadhi*.

El amor puro supera toda disciplina

El amor puro, despertado por la gracia del Maestro, es más valioso que cualquier otro estímulo que el aspirante pueda utilizar. Este amor combina en sí no sólo los méritos de todas las disciplinas sino que también las supera a todas en su eficacia para conducir al aspirante hacia la meta. Cuando nace este amor, el aspirante tiene un solo deseo: el de unirse con el Amado divino. Este retiro de la consciencia de todos los demás deseos conduce hacia la pureza infinita; por lo tanto nada purifica más completamente al aspirante que este amor. El aspirante está siempre dispuesto a ofrendarlo todo por el Amado divino, y ningún sacrificio es demasiado difícil para él. Sus pensamientos ya no se centran en sí mismo para concentrarse exclusivamente en el Amado divino. Mediante este amor intenso y cada vez mayor, al final rompe las cadenas del yo y se une con el Amado. Ésta es la consumación del amor. Cuando el amor encuentra su fructificación se vuelve *divino*.

El amor divino y el amor humano

El amor divino es cualitativamente diferente del amor humano. El amor humano es para los *muchos* en el Uno, y el amor divino es para el *Uno* en los muchos. El amor humano produce innumerables complicaciones y enredos, pero el amor divino integra y libera. En el amor divino, los aspectos personales e impersonales se equilibran por igual; en el amor humano, los dos aspectos preponderan alternadamente. Cuando la nota personal predomina en el amor humano, genera total ceguera respecto del valor intrínseco de las demás formas. Cuando, como en un sentido de deber, el amor es predominantemente impersonal, éste suele volver a la persona fría, rígida y mecánica. El sentido del

deber aparece en el individuo como una limitación externa impuesta a su conducta, pero en el amor divino hay libertad ilimitada y espontaneidad infinita. El amor humano, en sus aspectos personales e impersonales, es limitado; el amor divino, con su fusión de los aspectos personales e impersonales, es infinito en su naturaleza y expresión.

En el Amor divino, el amante se vuelve uno con el Amado

Hasta el tipo más elevado de amor humano está sujeto a las limitaciones de la naturaleza individual, la cual persiste hasta el séptimo plano. El amor divino surge después de que la mente individual desaparece y se libra de las trabas de la naturaleza individual. En el amor humano, la dualidad del amante y el amado persiste, pero en el Amor divino, amante y Amado se vuelven Uno. En esta etapa, el aspirante salió del campo de la dualidad y se vuelve uno con Dios, pues el Amor divino es Dios. Cuando el amante y el Amado son uno, es el final y el principio.

El universo surgió a causa del amor

El universo entero surgió a causa del amor, y es a causa del amor que su existencia continúa. Dios desciende en el reino de la Ilusión porque la aparente dualidad del Amado y del amante contribuye finalmente a que Él disfrute conscientemente su propia divinidad. La tensión de la dualidad condiciona y sostiene el desarrollo del amor. Dios tiene que sufrir la aparente diferenciación en la multiplicidad de las almas a fin de continuar el juego del amor. Ellas son sus propias formas, y en relación con ellas Él asume simultáneamente los roles del Amante Divino y del Amado Divino. Como el Amado, Él es el objeto verdadero y último de su apreciación. Como el Amante Divino, Él es el salvador real y último de ellas, trayéndolas de vuelta hacia Sí. De esta manera, aunque todo el mundo de la dualidad es sólo una ilusión, esa ilusión nació para un *propósito significativo*.

La dinámica del amor

El amor es el reflejo de la unidad de Dios en el mundo de la dualidad. Constituye el significado total de la creación. Si el amor fuera excluido de la vida, todas las almas existentes en el mundo se mantendrían completamente ajenas unas de otras, y las únicas relaciones y contactos posibles en este mundo desamorado serían superficiales y mecánicas. Es debido al amor que los contactos y relaciones entre las almas individuales se tornan significativos. El amor es el que da significado y valor a todo lo que sucede en el mundo de la dualidad. Pero mientras el amor da significado al mundo de la dualidad, al mismo tiempo es un constante desafío a la dualidad. A medida que el amor cobra fuerza, genera inquietud creadora y se convierte en la principal fuerza impulsora de esa dinámica espiritual que, en última instancia, logra restituir a la consciencia la unidad original de la Existencia.